

Carmen Martín Gaité

Lamenta la prisa de la gente, escribe a mano y no le gustan los teléfonos móviles. Tampoco le importan especialmente los premios ni aspira a entrar en la Real Academia de la Lengua. Y sin embargo, Carmen Martín Gaité es una de las autoras españolas más leídas en España, sobre todo por los jóvenes, un detalle que personalmente le encanta. En realidad, a esta autora salmantina que emborriona cuartillas desde que tenía uso de razón, sólo le interesa escribir y vivir, saboreando en lo posible cada momento. Contra la prisa, recomienda "hacer una cosa detrás de otra, como las puntadas de una labor", y está convencida de que la vida es algo muy curioso, "lo que pasa es que no sabemos verlo, pero en un sólo día anodino nos suceden muchas más casualidades que en cualquier novela". La vivacidad y el magnetismo personal de Carmen Martín Gaité provienen de una curiosidad inagotable por todo lo que la rodea, y le gusta tanto narrar como observar y escuchar a la gente. "Yo", asegura, "quiero morir aprendiendo".

Sabía que quería ser escritora a los 8 años, a los veinticuatro ya estaba escribiendo. Sin embargo sus textos despertaron antes el interés de los estudiosos en EE.UU. que el del público y la crítica en España.

En EE.UU. la crítica literaria y universitaria es muy rigurosa. Yo he tenido la suerte de estar como profesora invitada en varias Universidades; en Yale, en Columbia, en Virginia, en Idaho, y allí he visto que, desde la aparición de "Retahilas", que apareció en el 73, los críticos se dieron cuenta de que ahí había una innovación formal importante. En España me atrevo a afirmar que me empezaron a tomar más en serio a partir de las críticas de Ricardo Gullón, Gonzalo Sobejano... Creo que soy uno de los autores españoles vivos al que han dedicado un mayor número de estudios.

Sin embargo el éxito en España se hizo esperar. No fue hasta entrados los años noventa...

Cuando se publicó por primera vez "Retahilas", creo que fue en el año 73, se sacaron 4.000 ejemplares que tardaron en venderse un año y medio. Si ahora saco una edición que puede tener, de entrada, 50.000 ejemplar, y sale en la Feria del libro, al acabar la feria ya se han vendido todos. Esto no quiere decir que "Nubosidad variable" sea mejor que "Retahilas", sino que por una serie de razones que yo no comprendo, conmigo se han enganchado los jóvenes. Mis lectores, y lo digo con muchísima emoción, muchísimo orgullo, tienen entre 17 y 40 años, ese es tal vez el 80% de mi público. Si me preguntas porqué, te diré que no sé, que me bendice Dios. Yo no entiendo cómo puedo tener esa alegría de ver a tanta gente joven tocando mis libros. Este año ha sido pasmoso. La cantidad de ejemplares de "Entre visillos" que he vendido yo, que es un libro que, ¿dónde va la fecha! Y es gente que ya ha leído todo lo último y va retrocediendo hasta el final.

¿Cuándo cree que comenzó este fulminante éxito que, tal y como decía hace un momento, ha forzado incluso la reedición de novelas publicadas ya hace mucho tiempo?

Yo creo que es un fenómeno que se empezó a dar desde "Caperucita en Manhattan". Este es un libro muy fresco del año 90 que la gente no esperaba. En aquel entonces, por una serie de razones, también de tipo personal, la gente pensaba que yo ya iba a escribir más bien de cosas tristes, y salió ese libro tan especial. La gente empezó a ver ahí un reguero de agua más clara y de repente todo empezó de nuevo. Hace tres años en la Feria del Libro, una amiga mía se enfadó al oír que decían "¿me quiere dar Vd. el libro de esa escritora nueva que ha salido?", y yo le dije, pero



si es que me parece maravilloso que me llamen nueva, si es que estoy escribiendo desde los 24 años sin parar. Ese es un fenómeno que todavía no me he explicado pero que es cierto. No es que sea yo el escritor más vendido, porque los escritores más vendidos lo son por un libro, a mi es que me lo compran todo.

¿Al vez faltaba una generación que la descubriese...

Y es que ha salido una generación nueva que no me ha leído, y esa generación es como una transfusión de sangre, una renovación. Yo los lectores que tengo ahora no los había tenido nunca. Ahora me leen los jóvenes. No sé en qué consiste este fenómeno ni presumo de ello porque presumir de ello sería una idiotéz. Es como si presumes de un regalo, de que ha salido el sol, es que tal vez me lo debía la vida, pero yo no he hecho nada para merecerlo.

Se ha escrito mucho sobre su tratamiento de los personajes femeninos, en EE.UU. incluso la han definido como una escritora feminista.

La conferencia que voy a dar esta tarde en Círculo precisamente trata de eso, de que la mujer siempre ha sido uno de los personajes de ficción más perseguidos, y no sólo por parte de las mujeres. Toda la literatura del siglo XIX está llena de libros de grandísimos escritores, no sólo con nombres de mujer, sino incluso alguno menos conocido, en el que ya se empieza a poner el discurso femenino en boca de una mujer. Yo tengo dos novelas que a mi me gustan mucho, una "Ritmo lento", otra "La reina de las nieves" en las que el personaje es un hombre, pero de eso nunca se habla. En "Entre visillos" el personaje del profesor, en "Irse de casa" el personaje del filósofo de provincias, el personaje del médico que tienen tanta penetración y tanto cuidado en el tratamiento... Se pregunta demasiado por eso, y puede haber una parte de verdad, pero yo no me fijo cuando escribo. Trato de entender cómo puede ser el alma de esa persona que está hablando, y si es una mujer me acuerdo de comportamientos que he visto en alguna mujer, no siempre pongo a las mujeres tampoco como heroínas intachables.

En sus novelas los personajes no son ni muy malos ni muy buenos, sino que son tal y como conocemos a las personas reales...

Yo tengo una teoría que tal vez sin darme cuenta he podido

infiltrar en mi literatura. La gente no es que sea mala sino que sufre. Si tu piensas en una persona muy muy mala, de esas que decimos, ¡qué mala persona es! Y buscas, encuentras sufrimiento. El sufrimiento hace maldad. Hay gente que tiene la suerte de que por mucho que sufra, se libra de caer en el rencor. Yo lo que tengo es bastante piedad con el ser humano, porque la gente que lo pasa muy mal la disculpo. En mis novelas ni los buenos son buenísimos ni los malos son malísimos. En la vida pasa igual, la persona más mala que puedas encontrar a lo mejor, de pronto, tiene un rasgo noble, lo que pasa es que no la han sabido tratar. Yo tenía un refrán que inventé yo que decía "hay que tratar a la gente como personas por si acaso lo son" y te llevas muchas sorpresas. Tengo bastante fe en el ser humano, cosa que no es muy frecuente.



Me parece que he leído en alguna entrevista que le gustaba mucho Paul Auster. Este autor le da una importancia muy acusada al azar, a las casualidades, a que una cosa te lleve por unos caminos que jamás habrías pensado.

Pues sí, es que en la vida misma se juntan muchas casualidades en un solo día. Si nos fijáramos, encontraríamos más casualidades de las que pueda haber en una novela llena de casualidades. Sólo en un día, en el día más anodino. Me ha pasado miles de veces. Estar pensando en una persona que hace mil años que no ves y luego encontrártela en la calle, soñar con una cosa y luego que más o menos ocurra. Es que pasan muchísimas cosas, pero es que pasa que hay gente que no está atenta y no lo registra, pero pasar, pasa.

El silencio, el tiempo, en definitiva, la soledad, tienen un profundo protagonismo en su literatura. ¿La soledad es un principio o un final?

La soledad puede ser buscada, impuesta o arrastrada. El único remedio contra la soledad es habitarla, es conquistarla, porque el ser humano vive muchas épocas solo aunque esté en compañía, muere solo. La soledad es un ingrediente al que no hay que tener tanto miedo, hay que familiarizarse con ella para que dé frutos.

Ha dicho que los sentimientos no se han de reflejar de una manera impúdica, ¿escribir acaso no es invitar a los demás a participar en la propia intimidad? ¿Dónde están las barreras entre el escritor y la obra?

Yo la única novela en la que hablo un poco de mí es "El cuarto de atrás", pero lo he aderezado con tal fantasía y con tantas cosas raras que pasan; ese señor de negro que no se sabe si existe o no, que bueno, lo enmascaras. Y en otras novelas no hablo de mí. El

día en que hable de mí en una novela escribiré un libro de memorias, pero no lo he hecho. En el libro sobre Aldecoa que se llama "Esperando el porvenir" he hablado de una época y he dicho los nombres. Cuando yo me pongo a escribir una novela esas personas tienen que ser de carne y hueso para mí. Hasta que no he dado por vivo y verdadero a un personaje no lo he dado por bueno. Yo no aparezco en mis novelas, y la gente se empeña en que soy yo la señora de no se que y la otra. Hombre, un novelista está trabajando con lo que ha visto, con lo que ha oído, con lo que le ha encantado, con lo que ha soñado, con lo que le ha ocurrido, pero el verdadero barniz, el verdadero hilo de esa costura, es cómo lo coloca.



Se ha dicho que uno de los hilos conductores de su obra es el inconformismo. Sus personajes desean seguir unas pautas propias y entran por ello en conflicto con la sociedad. ¿Es necesaria esa rebeldía?

No está mal, nunca está mal poner en cuestión lo que te dan como necesario. Ahora, sólo con eso, tampoco es suficiente. Nunca viene mal poner una mirada crítica sobre lo que te dicen.

Siempre ha reivindicado el "Ritmo lento", el que permite hablar tranquilamente y descubrir a los demás. Estamos en unos tiempos en los que reina la inmediatez, la cultura del ocio, lo virtual, ¿acaso hemos perdido el arte de la tranquilidad?

Yo creo que si vas muy deprisa no haces las cosas bien, y pienso que precisamente en esta época de tanta prisa, hemos de ponerle la muralla de procurar negar que haya tanta prisa haciendo las cosas más despacio. De esa manera las haremos más aprisa, porque no las haremos compulsivamente. Pero claro, este es un remedio casero, y la gente a lo mejor no lo sabe seguir. Yo cuando tengo muchas cosas que hacer, me pongo a hacer todas, una por una, cosa por cosa y muy despacio. A media tarde las he acabado. En cambio si digo cuánto tengo que hacer y estoy todo el día dándole vueltas, pues claro, no acabas. A eso ayudan las máquinas, y es que las máquinas, que son muy eficaces, y que no hay más remedio que tenerlas, parecen haber sustituido el ritmo humano, que no es tan rápido. Eso explica que ahora haya muchas enfermedades que antes no había. Porque la gente no puede vivir así.

Muchas gracias por esta entrevista.

NOTA DE LA REDACCIÓN.

Esta entrevista a Carmen Martín Gaité, realizada por Rosa Montero pertenece a una página web del Círculo de Lectores: <http://www.circulolectores.es/cmge/entrevista.html>

Rosa Montero